

Bibliografía

LA PASION EN EL DELITO, por Osvaldo Loudet.

Recuerdo que, durante la lectura de cierto drama, me preguntaba cuál era la explicación de esa fuerza, aparentemente misteriosa, que actuando en dos individuos distintos producía efectos también distintos; Galileo, por ejemplo, lleno de conocimiento profundo y de ardor profético, afronta la penitencia y ante la amenaza de la muerte, la conservación de la propia vida queda anulada, e incitado como por un aliento, que ya no era ni su razón ni su instinto, retaba las miradas de los verdugos con aquella frase: *E pur si muove!*, frase cuya admiración está no en el sacrificio de una vida, ni en el desprecio por las cosas, ni en la actitud estética del momento, sino en la encarnación que representa de una personalidad, de una individualidad que se proclama, por sí misma, triunfadora en ese momento histórico.

A Galileo, como a Jesús, admiramos no porque nos satisfagan sus respectivas teorías; no por la aceptación de la redondez de la tierra o de la «buena nueva»; no glorificamos el sacrificio de ambos, que eso sería formular un juicio histórico de un hecho particular y, en cuanto tal, librado a las vicisitudes del tiempo y exento, por lo mismo, de toda espiritualidad eterna. Admirámoslos, nos parece, porque, tanto Galileo como Jesús, encarnan la realización de un ideal humano, producto de un completo período histórico, y dan el exponente de una personalidad. La hoguera, el Gólgota, o la cícuta para Sócrates, son radiantes símbolos que veneramos, no por su materialidad física, sino como un acto espiritual. Es la valutación, diría Royce, y no la experimentación de esos hechos lo que puede darme esa comunión entre mi espíritu y el de otro cualquiera, éste uno de los que forman al otro más profundo «yo» del cual yo mismo formo parte.

Y mi pregunta instaba porque, como hermanadas con esas figuras de Galileo, Jesús, Sócrates, etc., a la par invadían mi espíritu otras que, distintas por la acepción del juicio moral, igualmente obligábanme a la meditación. ¿Qué es esa fuerza que levanta airada la mano de Bruto y cual es la justificación de esa voz: *¡la patria está salvada!* cuando gotea aún la sangre del puñal homicida? Y, ¿por qué yo no condeno a Medea por el horrible sacrilegio de profanar las entrañas de sus propios hijos? La pregunta tenía sus fundamentos; por lo menos en dudas que se agolpaban penosamente. Y eran fundamentos puesto que yo tenía, y tengo, por certeza que la realidad de una acción es la libertad de la acción misma y que libertad significa *querer* y, el querer, el bien

por cuanto aceptaba, y acepto, que lo contrario de la libertad y de lo real no es lo indiferente o la no-libertad, sino pura y simplemente el *mal*, el no querer, entendiendo como *mal* algo de existente y más que existente, necesario para la existencia del mismo bien; un término opuesto que en relación con el bien debía producir la síntesis de lo real, la verdadera vida.

Así, pues, decía, una misma fuerza, la engendradora de la volición del acto, producía el mártir y el déspota, el santo y el asesino. ¿Y esa fuerza era la pasión?

Debía de serlo por cuanto la voluntad del acto, libre en el momento de su actuación, es, indudablemente, el resultado de un conjunto de fenómenos que, en las clasificaciones, se llaman psíquicos, sociales, etc. Las noticias, tal vez reducidas, obtenidas de la psicología experimental en sus ramas subdivisorias, formaban un cúmulo de datos que, por más minuciosos, raros y sorprendentes que fuesen, no llegaban a darme una última y concisa respuesta.

Efectivamente: tal acto, debido a los factores a, b, c, etc., y por haber producido los efectos a', b', c', etc., representan a un héroe; tales otros factores a un depravado; éstos a un bandido, aquéllos a un santo; pero, si todo acto es conciencia, ¿cuál es la causa originaria? Es decir, ¿cuál es la razón fundamental y eterna del estado psíquico llamado pasión?

La clasificación, por precisa y variada que fuera, escapa de la síntesis y se pierde en conjeturas...; ¿dónde pues, estaba el nexo?

He allí los fundamentos, o las dudas, de mi pregunta. Y es que yo me encontraba en un mal terreno; yo mismo, o aferrado a un credo de idealismo ético, olvidaba de los simples hechos, o, engolfado en el laberinto de una clasificación perdía los hilos de mi busca. Mala situación la mía porque no permitía una conclusión precisa. Y de ello me he convencido al leer, con atención, la tesis de Osvaldo Loudet, titulada «La pasión en el delito». «Pequeño libro, dice el autor, en que se estudian las pasiones, «fuerzas» que mueven, agitan, impulsan los hombres en la lucha de todos los días; son ellas las que arrastran tumultuosamente hacia el bien o hacia el mal, hacia la luz o hacia la sombra, hacia el acto heroico que santifica una vida o el acto delictuoso que le condena para siempre.»

Osvaldo Loudet es médico, ama las ciencias y a ellas ha dedicado sus mejores esfuerzos y conoce, perfectamente, los más difíciles problemas de la psicología y emplea, con profundo acierto, el método correspondiente a esas ciencias. En ese terreno y desde ese punto de vista el libro de Loudet es todo el resultado de una labor inteligente que revela paciencia, erudición y la más perfecta posesión de los problemas de que se ocupa; es un hombre de ciencia que, sin escrúpulos o prejuicios, encara todos los problemas, no descuida ningún detalle, analiza con serenidad y valentía y, con toda resolución ensaya una clasificación de las pasiones en una forma lógica, nueva y, diré, notable: 1º delin-

cuenta pasional puro, 2º pseudo delincuente pasional, 3º delincuente emocional puro, 4º pseudo delincuente emocional. Estudia cada clase, inquiere los caracteres generales para cada una y, como su tesis es de medicina forense, aconseja sus puntos de vista para el código penal. Pero esta labor importantísima como aporte a la psicología, a la ciencia médica y a la jurídica, por cuanto tiene todos los méritos de una positiva innovación, para los que, como yo, viven en un mundo un tanto apartado de los gabinetes, sean ellos bio o psicológicos o jurídicos, hubiese resultado poco comunicativa, la hubiese mirado con una cierta frialdad y, con seguridad, no hubiera avivado esas dudas de que hablara al comienzo.

Pero es que Loudet, más que hombre de ciencia, — y lo es a la perfección — es filósofo, es soñador, es poeta en sus razonadas nobles y en sus afanes en pro de sus semejantes. No se limita a constatar los hechos y a manejar el bisturí; él sabe que posee un alma sensible y que la humanidad encierra en su seno problemas más hondos y más urgentes que los de gabinete y sabe también que la solución de éstos necesita de otro método y de otras miras. Y es así, como, para «documentos» a su estudio, elige obras artísticas: Electra, Orestes, Medea, Julio César, Werther; y la interpretación de esas encarnaciones geniales están hechas con el intelecto de un crítico, que es — y no puede dejar de serlo — filósofo.

Sus puntos de mira son, creo, visiones — es decir, profundas elaboraciones reales elevadas a categorías lógicas — de un pensador y sus conclusiones éticas respiran la más sublime idealidad en el afán de un mundo mejor en que las pasiones, las supremas fuerzas que dirigen la humanidad tienen asignado su puesto, no como rarezas o «casos» clínicos, como pudieran parecer a un discípulo de Lombroso, de Ferri, Garófalo, etc., sino como realidades que son componentes indispensables para la existencia de la vida misma: acepta *el Mal* y proclama necesaria su existencia y declara que el triunfo de la humanidad o el triunfo de la filosofía — la paz anhelada, la vida perfecta, — no está en la anulación del mal y en su completa extirpación del mundo, pues entiende que esa pretensión encierra una arbitrariedad y que con ello, se proclamaría la muerte de la misma vida, la cual tiene su triunfo y su paz, en la lucha eterna entre el Bien y el Mal, en sus momentos de tregua y de reposo, en sus instantes en que se siente vencedora; momentos que no son de descanso grosero sino de tregua para iniciar una vez más, siempre más allá, la lucha para el triunfo de la Bondad, de la Belleza y de la Verdad.

Y, porque Loudet posee un buen corazón, su labor está encaminada hacia un franco optimismo y tiene la palabra profética de un Anís o de un Spinoza para todos los que sucumban en la lucha con las pasiones; con la diferencia de que sin ser él un religioso positivista, aspira a una perfectibilidad que, no cifrándola en Dios, la confía en el pensamiento recto y en el corazón bueno, lo que, en cierta manera, es una verdadera religiosidad, aspiración hacia algo que está fuera de nosotros, noble, perfecto, sublime, de todo lo cual, creemos, no está privado Osvaldo Loudet.

J. J. C.